

1

LUEGO DE UNA LARGA TRAVESÍA, la caravana llegó al cuartel en Gualaquiza, en la selva amazónica, donde fue recibida por un grupo de oficiales en traje de campaña. Las voces se acallaron y todos se voltearon hacia la tarima; a los lados flameaban las banderas. El comandante se trepó a una silla y gritó, como para que le oyeran hasta los zopilotes en las alambradas:

–¡Bienvenidos, conscriptos! Soy el capitán Chicaiza. Con ayuda de los tenientes que me acompañan, haré que merezcan el honor de defender a la patria de la agresión peruana... inclusive a costa de sus vidas. Al terminar el entrenamiento de selva y combate, serán trasladados a nuestros destacamentos en la Cordillera del Cóndor.

El anuncio produjo un barullo.

–¡Silencio! –ordenó el comandante–. Vayan derecho a la peluquería y luego a las duchas para sacarse la mugre y vestir sus uniformes. ¿Alguna pregunta?

–¿A qué hora nos van a dar la papa, mi capi? –dijo un montuvio de pelo colorado.

–¡Vaya! Apenas ha llegado al campamento y ya está con hambre. No se preocupe. Vea, teniente Vidal –ordenó, dirigiéndose a uno de sus asistentes–: a la hora del almuerzo métale a esta criatura una olla entera de loco. ¿Alguien más tiene hambre?... ¡Contesten, carajo!

–¡No, mi capitán! –replicaron a una los reclutas.

2

La primera semana en el cuartel fue un suplicio: trotes, marchas y servicios especiales. Dada la situación bélica en la frontera, algunos estudiantes universitarios habían resultado “favorecidos” en el sorteo para el enrolamiento. Lucas Rivera, uno de ellos, recibió su boleta cuando se aprestaba a ingresar a la facultad de Derecho. Pensó que se trataba de una equivocación, porque era imposible que ese papelucho osara alterar

\* Embajador de Carrera del Servicio Exterior, Lcdo en Ciencias Políticas y Sociales (PUCE); Posgrado en Derecho Espacial, Universidad de George Washington, USA.

su porvenir. “¡Imposible! –sentenció su propio padre, al enterarse–. Vamos a devolverles la citación. Esos milicos saben que eres estudiante; les gusta hacer la pantomima para no dar visos de discriminación. Al final, se llevan sólo a los de poncho. Ya verás”.

No fue así, al menos esta vez. Las Fuerzas Armadas reclutaron a todos los ciudadanos de la leva del 76 que recibieron boletas, estudiantes o no.

Al término de esa primera semana en Gualaquiza, Lucas Rivera estaba extenuado y propuso a su amigo Esteban Pallares un escape.

–¡Cómo se te ocurre! Estamos en el cuartel. Pueden declararnos desertores y arruinarnos la vida.

–Al menos averiguaré cuánto tiempo vamos a estar aquí y a dónde nos enviarán luego –dijo Lucas, impaciente, y se encaminó a la garita del capitán Chicaiza.

Cerca del cobertizo vio a un conscripto que, arrimado al poste, vomitaba las entrañas. Lo arrastró hacia el grifo y lo ayudó a recostarse sobre el piso. Acababa de hacerlo, cuando escuchó una voz a sus espaldas:

–¿Qué hace aquí, recluta?

Lucas reconoció al teniente Vidal. Le decían Ursus, por su tórax de gladiador.

–Creo que el conscripto se ha intoxicado, mi teniente.

–Este murciélago no se envenena con nada. Lo pesqué fumando y le he hecho tragar unos cuantos pu-

chos para quitarle las ganas. No es la primera vez, aunque espero que sea la última. Vuelva al patio o lo anoto para un servicio especial o para la mesa de la sopa.

–Iba a ver al capitán Chicaiza –explicó Lucas.

–¿Al comandante? Nadie puede ir allí sin hablar primero conmigo. Es el órgano regular. ¿Qué es lo que desea?

–Quería preguntarle cuándo salimos... –titubeó– para el frente.

–¿Para el frente? Le juro, por Dios, que me produce ternura oírle. ¿Qué cree usted que es el frente? Pregúntele a éste cuando le pasen las arcadas. Éste sí lo sabe. ¿Cree usted que allá mandamos a cualquier marmarracho? Ese honor se lo tiene que ganar con sudor y lágrimas. Dígame, recluta, ¿ama usted a la patria?

Nunca le habían hecho esa pregunta.

–Claro que la amo, teniente –contestó, pensando en su madre.

–¿Y le duele la patria, recluta baboso?

Lucas no entendió la pregunta. Sin embargo, dijo: “Sí, mi teniente, claro que me duele”.

–Regrese a sus filas y, si lo vuelvo a ver de samaritano, le saco la madre, carajo.

Luego de un intenso entrenamiento de varios meses el grupo

estaba a punto de dejar el cuartel para dar paso a una nueva remesa de concriptos, cuando órdenes superiores lo obligaron a permanecer en estado de alerta, al reavivarse las hostilidades con el Perú en el río Cenepa. Poco después, la voz del comandante retumbó en el altoparlante: la guerra había comenzado en varios puntos de la selva y al otro día se darían a conocer los destinos de los concriptos hacia los diferentes destacamentos emplazados en la Cordillera del Cóndor.

Temeroso de que en medio del trasiego de las partidas alguien pudiera robarle el dinero que había escondido en la mochila, Lucas se deslizó al dormitorio para ponérselo al bolsillo. Estaba cerca del cobertizo, cuando una silueta desgarbada, salida abruptamente de los matorrales, le cortó el paso. Sobresaltado, levantó los puños.

-Tranquilo... suave... ñaño - dijo una voz; siseaba como si estuviera amansando un animal.

-¿Quién eres? -preguntó Lucas sin bajar la guardia.

-¡Chsss! Habla bajito, pana. Si alguien nos trinca, pensará que estamos haciendo alguna mariconada. Me llaman Quimbiurco. ¿Quieres? -preguntó, ofreciéndole un porrillo humeante.

Lucas reconoció al concripto reincidente.

-¿Tú? -preguntó, sorprendido.

-Prueba. Es pepa de la buena. Lo otro fumo para disimular.

Lucas echó una pitada.

-Veo que contigo se puede contar, brother -dijo Quimbiurco satisfecho-. No soy adicto, pero sin esto y una que otra línea blanca me muerro. Tal vez sea la última dosis hasta que lleguemos a Tiwintza con tu amigo Pallares y diez más.

-¿A Tiwintza?

-Sí, parcerero. Anoche, mientras me escabullía para pegarme un pito, escuché tras la garita del comandante su conversación con los tenientes. Nos mandarán a Tiwintza.

-Allá no voy ni a sablazos. Es el puro frente y yo soy estudiante.

-¡Putá, cómo se nota que eres un plástico! Te diré una cosa, mi hermano: a mí tampoco me gusta esa huevada, pero si el país te necesita no puedes hacerte el pendejo.

-Apaga ese pucho -dijo Lucas, inquieto-. Prefiero ir al frente a que nos pillen fumando esa vaina.

-Tranquilo, pana, tranquilo. Sin esto no puedo pensar. ¿Decía...? Ah, sí, Tiwintza. Es un punto, un bohío de nada, pero allí, ahora, la cosa está que arde.

-¿Conoces el lugar?

-Árbol por árbol, rama por rama, como buen mono. El año pasado estuve haciendo allí mi entrenamiento. Me sacaron porque un día me vinieron convulsiones. Culparon al agua contaminada, pero era purita falta de pepa y polvo blanco. Un síndrome de abstinencia.

-Un síndrome.

-Sí, eso. Lo malo es que no po-

día decírselo a nadie, menos en el hospital militar. Allí me metieron purgante y pasé cagando una semana entera, gratis. Reprobé el entrenamiento y ahora me han vuelto a alistar.

Lucas se había adaptado a la penumbra y podía distinguir los ojos de Quimbiurco, lanceolados, amarillos, con un destello cínico y burión. Sus orejas de murciélago, dos membranas delgadas y translúcidas, se movían alertas. Bajo la camisa desabotonada llevaba un colgante parecido a un escapulario o a un talismán de feria.

Quimbiurco inhaló su pitillo, retuvo el humo hasta quedarse sin aire y dijo:

-Gracias por lo del otro día, Patitas.

-Me llamo Rivera.

-Ya sé, pero aquí todos te llamamos Patitas.

-¿Por qué?

-¿Qué quieres, que te llamemos Luquitas?

Se separaron con un apretón de manos y cada uno tomó su camino por los pasadizos en sombra.

4

Estridentes clarinazos despertaron a los reclutas al amanecer. Los tenientes entraron al dormitorio con un estrépito de botas. En vez de gorras llevaban boinas rojas. Lucían graves, tensos, decididos.

-¡De pie, conscriptos! -vociferaban por entre los catres-. Se acabaron las vacaciones. Luego del desayuno se les repartirá uniformes y comunicará su nuevo destino.

En el propio comedor los conscriptos recibieron las noticias. Como había vaticinado Quimbiurco, Lucas y Pallares fueron asignados, junto con él y una decena más de soldados, al destacamento amazónico de Tiwintza, en el Alto Cenepa.

Al mediodía de ese viernes, el comandante anunció que los encuadrados podían salir de franquicia hasta el domingo por la tarde. Un grito jubiloso retumbó en el sopor espeso.

Lucas y Pallares se juntaron en la puerta del cuartel con Quimbiurco, cuya camisa de colorines flameaba como una enseña. Su quijada torcida apuntaba hacia la izquierda y sus orejas en otra dirección. Pasado el portón, guió a sus amigos por un atajo. Había llovido y las pisadas chapoteaban en el piso.

-Los llevaré a "La hamaca loca" -dijo, cuando se adentraron en el sendero-. El camino es culebrero, pero conozco esta zona mejor que la Cárcel de Guayaquil, donde veraneo de vez en cuando. ¡Ji, ji, ji!

-Espero que el otro lugar sea más entretenido -dijo Pallares, arremetiendo a manotazos contra una nube de mosquitos.

-Y barato -agregó Lucas, palpando el fajo de billetes en el bolsillo.

-Tranquilos, panas. El local es lo mejor de Gualaquiza y las cielas,

honradas. Tienes que regatear un poco, claro, pero no te hacen ninguna sapada. Cinco dólares el polvo es un buen precio... ahora que estamos en guerra.

-¡Cinco dólares! -exclamó Pallares-. ¿Qué clase de putas son ésas?

-¡Párala! -reaccionó Quimbiurco, deteniéndose en seco. ¿Crees que por tener un par de alpargatas "Lacoste" y ser capitalino lo demás huele a caca? Razona, pana, razona. Esta es una zona deprimida y, si "La hamaca loca" cobrara caro, dispararía la inflación hacia las nubes.

-¿Es al menos un sitio limpio? -preguntó Pallares con un mohín.

-¡Putá, Jebucho, pensé que no tenías miedo a ducharte!

-Déjate de esas bromas conmi-go -reaccionó Pallares, estirándose como un liga.

-¡Huy!, este man sí que es alto. Tendrá que tirar con una hembra sobre otra.

Rieron.

Un trecho más abajo, Quimbiurco anunció que debía detenerse en una tienda.

-Para comprar condones, me imagino.

-Los cauchos son cortesía de la casa, brother. Lo que pasa es que mis buenos modales me impiden entrar en un naiclé sin un regalito.

-¡Puchas! -rezongó Pallares, este mono está rayado.

-Soy un caballero, pana, un yentlemán.

Poco más adelante, Quimbiurco

entró en una especie de bazar, donde vendían desde racimos de verde y melcochas de Baños hasta artículos de tocador. Adquirió dos puñados de frasquitos y se los metió al bolsillo. Al salir, condujo a sus amigos por un sendero lodoso. Montones de plátanos se pudrían a los lados y una tufarada dulzona flotaba en el aire ardiente, constelado de mosquitos.

Los capitalinos seguían a Quimbiurco con una obediencia servil a través del cabañal cenagoso que se abría entre los platanales. Todavía andaban entre ramazones cuando escucharon, amortiguados por la penumbra pegajosa, los acordes dislocados de una música tropical. Pocos metros más adelante divisaron el rótulo rojizo y palpitante que se abría como una herida procaz en la espesa sombra.

-Aquí es -dijo Quimbiurco, metiéndose en la nariz un pellizco de polvo blanco que extrajo del fondo del bolsillo del pantalón-. Aprovechen, panas, porque llega un día en la selva en que, de tan arrechó, te tiras hasta los a caimanos.

-Vamos, pues -dijo Pallares.

Quimbiurco atravesó la cortina de mullos y, plantándose en el centro del lupanar, dijo con la desenvoltura propia de un asiduo cliente:

-Aquí estoy de nuevo, reinas. He venido con cadetes de verdad: Patitas y el Jebe... No se rían, cielas, que pagan al contado y tiran como los dioses.

Como si hubiera pronunciado

una contraseña, las odaliscas se acercaron a los recién llegados con un entusiasmo cariñoso. Los lugareños, mosqueados al ver a Quimbiurco repartiendo regalos por todas partes, estuvieron a punto de iniciar una bronca a filo de machete.

—Tranquilos, caballeros —les dijo, subiéndose a la barra—: mañana vamos a la frontera a defender a la patria de la agresión peruana. No queremos irnos sin demostrar nuestro respeto al local y sin la bendición de estas legítimas representantas de las provincias amazónicas.

La inspirada perorata conmovió las entrañas mismas del antro, y la larga y ardiente noche se consumió en medio de allegros de rocola, tragos multicolores y vaivenes de hamaca.

Al salir, Quimbiurco dijo a sus compañeros de leva:

—Antes de que me venga el chuchaqui, les voy a dar un par de consejitos. Al llegar al cuartel pidan polvo para ladillas, por si acaso; ni Tarzán aguantaría la picazón en plena selva. Otra cosa: lleven también un frasco de “negro de agua” para abrillantar las botas. Los puede salvar de pisar una mina, porque los comandantes, para no escoger a dedo, mandan a hacer patrullas a los que tienen las botas sucias. Ah, y lo más importante: cuando se hayan echado el talco en las huevas y abrillantado las botas, caminen despacito, porque si pisan una mina habrán echo todo ese trabajo en vano.

A las seis de la madrugada del 27 de marzo de 1995, un pelotón de doce hombres, formado en el claro del campamento, aguardaba las instrucciones del teniente Pazmiño. Con la mochila a la espalda, Lucas añoraba los días felices de sus excursiones por los Andes. Había escalado una cantidad de montañas y cuando estaba en esas alturas azules parecía encontrarse consigo mismo y ni siquiera le importaba llamarse Lucas Rivera. Hoy partía a una cordillera distinta, coronada de espesa jungla y, en lugar de cuerdas y picos, llevaba un rifle en la mano y ristras de balas terciadas en el pecho. Un helicóptero le transportó, junto a sus compañeros de brigada, a un calvero en el interior de la selva. Al descender del aparato, le envolvió una espesa manta de calor. El uniforme, pegado al cuerpo, parecía engullirlo como una anaconda.

El comandante condujo a sus hombres a través del suelo fangoso, cruzado de lianas y raíces, hasta un cobertizo de caña, revestido de hojas de palma. Hizo formar a los conscriptos y les arengó de este modo:

—¡Soldados!: Este destacamento es su nuevo hogar. Ámenlo con ardor, pues les parecerá un hotel de cinco estrellas comparado con el frente. Desde este momento, rige el reglamento militar en tiempo de

guerra. Lo aplicaré al pie de la letra. Cuiden con celo sus armas, pues sólo así podrán combatir con desnudo y sobrevivir en el medio. Fuera del bohío, la zona está sembrada de minas. Caminen todo el tiempo por las trochas, sin apartarse del sendero. Sólo se darán cuenta de que han pisado una mina cuando vuelen por los aires con las pelotas en la mano. Y recuerden que únicamente hay tres maneras de salir de aquí: muertos en acción, heridos en combate... o al término de la misión. Eso es todo. Alisten sus cosas y descansen. Partiremos a las seis de la mañana.

El comandante entró a la choza de guadua y dejó a los hombres digiriendo la perorata.

–Me gusta el estilacho del man –comentó Quimbiurco entre los soldados–. No se anda con huevadas. Es miembro de las Fuerzas Especiales y vivió un año entre los awas. Le dicen Rambox y todo el mundo le teme. Lo aguanté ya el año pasado, durante mi primer entrenamiento. Si sabía que iba a repetirme esta maravilla, hubiera preferido quedarme de travesti en “La hamaca loca”.

–Entonces, ¿es cierto que has estado allí antes? –dijo uno de los armados, con voz trémula.

–Así es, pero no hay por qué asustarse –contestó Quimbiurco–. Todo el mundo tiene miedo, incluso Rambox. Es lo mejor que te puede pasar, porque si de pronto notas que no tienes miedo es que estás muerto.

Rieron, inquietos, y luego se pusieron a acomodar sus cosas bajo las hamacas. Antes de retirarse a dormir, Quimbiurco pidió a Lucas que lo acompañara un momento afuera. Una vez allí, le dijo en voz baja:

–Oye, Patitas, quiero confiarte algo antes de partir para ese infierno. Todo el mundo tiene algún secreto. El mío es estar aquí para no volver a prisión... Sí, escucha. Fue al salir de una cantina en el Guasmo, donde vivo. Iba caminando solo y estaba ya lejos de la taberna, cuando se me acercó un tipo con ganas de robarme. Esa noche se me había pasado la mano con la pepa y, sin pensar dos veces, le hundí mi navaja en la panza. Un reguero de tripas, esa huevada. El man gritó y tuve que rematarlo. Aunque estaba oscuro, temí que los de su pandilla hubieran oído los gritos y cayeran sobre mí para vengarse o depositarme nuevamente en la cárcel, donde he estado un par de veces por nada. Odio ese lugar, ñaño: pura trinca, ajustes de cuentas, mariconadas... Encima, si no tienes suficiente hierba y polvillo blanco, el encierro se te hace insostenible. Empecé a correr hasta alcanzar la carretera y, una vez allí, caminé hasta el amanecer. Entonces, al pasar cerca de un cuartel vi la convocatoria a voluntarios y se me iluminó el coco. Dije: “Estoy salvado, mamácita”, porque a nadie se le ocurrirá buscarme en el frente. Así fue. Ahora quiero pedirte un servicio. Te daré la dirección de mi viejita. Si caigo en el

frente, tomas esta medalla que ella me puso –apuntó hacia el colgante bajo la camisa–, vas y le cuentas que su hijo no murió en la cárcel como un hampón cualquiera, sino como un héroe del Cenepa, defendiendo la patria con honor. ¿Me prometes?

–Te lo prometo –contestó Lucas, conmovido.

–Dame esos cinco, compadre –dijo Quimbiurco extendiéndole la mano.

6

–Nuestra misión es limpiar la trocha y atravesar el río –anunció Rambox a sus hombres a la mañana siguiente–. Desde allí nos abriremos paso en dirección a nuestras trincheras, en la zona de combate. Durante la travesía, fíjense en las tarjas y no den un paso sin cerciorarse de que no haya minas. Si detectan un artefacto de esos, se detienen y avisan para que los expertos del grupo lo desactiven.

Avanzaban bajo la obscena amenaza de la muerte, tanteando el terreno centímetro a centímetro. El suelo cubierto de lodo, maleza y hojarasca sólo permitía despejar un pequeño tramo cada jornada. Cuando llovía mucho, volvían al campamento por el camino andado para asearse, comer y descansar antes de proseguir la tarea. Nadie, excepto Quimbiurco, se atrevía a salir del descampado por la noche. Se adentraba unos

metros en la selva y prendido de la rama de un árbol, cual quiróptero, fumaba su pitillo de marihuana. Era la mejor hora porque, además de las tinieblas, se levantaba en la selva un griterío salvaje que ocultaba todos los otros ruidos de la tierra.

El cuarto día, el comandante se puso más serio que nunca y anunció a sus hombres que la hora decisiva había llegado:

–La hora decisiva ha llegado –dijo.

La brigada atravesó el río y abordó el helicóptero “Puma” que la esperaba. A pocos minutos de vuelo zigzagueante, la aeronave aterrizó en un calvijar, a medio kilómetro de las trincheras. Al desembarcar el último hombre, otro grupo de soldados emergió de los arbustos, acarreado a los muertos y heridos que venían del frente.

Al partir la aeronave, Rambox ordenó a sus hombres reemprender la marcha sin pérdida de tiempo, a fin de alcanzar su destino antes de que recrudecieran los enfrentamientos. La brigada se puso otra vez en movimiento. Pese a la trocha trajinada, era difícil avanzar. A cada paso tropezaban en raíces jabonosas y debían reptar como alimañas entre las nervaduras.

Llegaron finalmente al destacamento de primera línea de Tiwintza, una zona umbrosa donde el verde de la selva circundante era más oscuro que el mismo negro. Grandes árboles se levantaban temblorosos

sobre una colina que rezumaba barro y niebla. Al pie de los inmensos troncos, entre las raíces multiformes, se abrían las bocas de las trincheras cubiertas por redes de camuflaje y hojarasca. Agazapados dentro, los soldados parecían larvas carcomiendo sus entrañas. La lluvia caía en gruesos goterones, imprimiendo a la oscuridad verdosa un carácter de vaga pesadilla.

Lucas y Quimbiurco gatearon juntos hasta uno de los agujeros. Adentro los esperaban cinco hombres de rostros pintarrajeados. En la penumbra húmeda distinguieron las siluetas duras de metralas, bazucas y morteros. Montadas en arietes, las armas apuntaban amenazantes hacia el Este.

–Ayer nos bajamos dos aviones –dijo una voz.

–No tardarán en venir más –vaticinó otro–. Están con la sangre en el ojo.

Los recién llegados recibieron las instrucciones del jefe del grupo y se pusieron a fumar en medio de una tregua tensa.

–Rambox tenía razón –comentó Lucas entre dientes–. El bohío que dejamos era un hotel de lujo comparado con este hueco.

–Pero al menos aquí puedes pegarte un pito en paz –contestó Quimbiurco, quitándose el casco para dar un respiro a sus móviles orejas.

–Veo que sigues igualito, Quimbiurco –dijo alguien con voz cavernosa.

–¿Quimbiurco...? –repitió el que comandaba la trinchera–. Me suena tu nombre. ¿No estuviste antes aquí?

Quimbiurco asintió, algo inquieto por la pregunta.

–¿Qué haces aquí de nuevo? –inquirió el soldado.

–No puedo vivir sin ustedes, papis –bromeó, emitiendo un ruidito de roedor.

Todos rieron y, más relajados, se trenzaron en una conversación circunstancial. Era una tregua traidora, en la que se agazapaba la certidumbre de estar a merced de un mortal peligro, odioso al alma y peleado con la razón.

Al caer la tarde sobre la espesa cimera de las frondas, captaron las primeras señales de radio. Eran de alerta roja: la base del centro de comando les prevenía de una inminente incursión de aviones enemigos.

–Esos cabrones nos quieren sacar de aquí como sea.

–Tendrán que venir en submarino atómico, a mando del Chino –bramó la voz del jefe de trinchera.

Risas, silencio y una inmovilidad mineral.

Aquel reposo estatuario se rompió minutos más tarde, cuando, de súbito, empezó a caer una lluvia de fuego del otro lado de la línea y desde los bombarderos que cruzaban el cielo nuboso en vuelo raudo y vibrátil. Rojos centelleos alumbraban la penumbra de la selva, acompañados de retumbos y salvajes chillidos de

micos y pájaros en espanto. En medio del demencial alboroto, los hombres, empapados de lodo y sudor, repelían valerosamente los ataques. Dos aviones reventaron en el aire, alcanzados por misiles defensivos disparados desde los destacamentos vecinos.

Las explosiones acosaban la selva con golpes sordos, rajaduras y gritos que dejaban un eco violento en las tinieblas. De pronto, un rumor colosal de aspas anunció la presencia de helicópteros artillados. Surgían de la espesa bruma como insectos del infierno. Todo se cubrió de un estruendo cimbreado, las copas de los árboles se agitaron con violencia y una nueva lluvia, esta vez cerrada, de granadas y artillería aérea se vertió sobre las frondas, esparciendo coletazos de fuego roto y astillado. Fue como el paso fugaz y devastador de un huracán.

Un silencio ultrajado se abatió luego sobre la colina. Dentro de las trincheras, los soldados tenían los rostros salpicados de fango y sangre. A algunos les brotaban ojos espectrales; otros, inmóviles, semejabán vacías calabazas. ¿Quién podía decir si estaban vivos o muertos? Entonces, como si las fuerzas de la selva hubieran esperado su momento en aquella dislocada coreografía del mundo, las nubes se agolparon al instante y empezó a llover torrencialmente. Llovió sin parar durante dos días seguidos, como si la jungla ancestral quisiera lavar sus entrañas

de toda huella de destrucción y de muerte. La humedad parecía pudrir las correas de los fusiles, las suelas y la misma piel.

A punto de terminarse las municiones, cuando los hombres habían enterrado ya a los caídos, llegó un nuevo mensaje de radio: los soldados habían defendido con honor y coraje el bastión; los ataques enemigos se habían desplazado a otros puntos; el pelotón sería relevado de inmediato por una nueva brigada; debían volver al claro, a través de la trocha, evacuando a los heridos.

La noticia causó una mezcla de alegría y desasosiego. Los soldados estaban extenuados, hambrientos; las ropas, anegadas bajo la lluvia incesante. Apenas se pusieron en marcha, constataron la dificultad y peligro de la misión. Los helicópteros enemigos habían soltado cientos de minas en la zona y debían rastrear, olfateando casi, la trocha cubierta de fango. El menor crujido producía sobresaltos.

–No podemos seguir así –dijo Rambox, jadeante–. Dejaremos el armamento a un lado para recuperarlo después. Debemos avanzar con los heridos, antes de que esta trocha se convierta en río y arrastre hacia nosotros las minas.

Liberados de peso, los hombres reanudaron su marcha milimétrica de caracoles cautelosos. De pronto, los conscriptos Guamán y Bejarano, que iban tanteando el sendero delante de Lucas, saltaron por el aire,

arremolinados en una explosión compacta y violenta. La selva se llenó de maldiciones y lamentos.

7

Dos días más tarde, el flamante suboficial de reserva Lucas Rivera se despertó en la cama del hospital militar de Gualaquiza.

–Tuvo suerte, Rivera –le dijo el cirujano de turno–. Gracias a los soldados que iban delante suyo y que resultaron muertos, las minas arrasadas por el lodo de la trocha no le mataron a usted también. Fue herido por un puñado de esquirlas en la ingle derecha y tuvimos que operarle. Espero que todo haya salido bien... ¿Cómo se siente? ¿Le duele algo?

Sólo entonces Lucas tuvo conciencia de que le dolían las entrañas, la piel, los sentimientos y, por primera vez, la patria.

Esa misma noche recibió la visita de Quimbiurco. Irradiaba una alegría contagiosa.

–Es increíble, compadre, ¡estamos vivos! Déjame darte un abrazo de hombre a hombre. Eso es, pana, así, con ganas.

–¿Cómo están las cosas por allá?

–Han cesado las hostilidades y hay un acuerdo de separación de fuerzas en marcha. Si cuaja, pronto nos darán de alta.

–Eso espero. ¿Qué harás luego?

–La “occión” es limitada, brother. Después de salir victorioso de Tiwintza, sólo cabría volver al cuartel en forma de estatua. Hasta tanto, pienso ingresar en la poli.

–¿En la Politécnica?

–No, ñaño, en la policía. Es lo más cerca que puedes estar de la cárcel, sólo que al otro lado de las rejas. Si regreso al Guasmo, los otros me matan.

–Eres un caso –dijo Lucas, sonriendo–. ¿Qué sabes de Pallares?

–Está bien. Vendrá a verte esta tarde. Ya lo verás: el man ha cambiado hasta su forma de hablar. Dice que, terminada la guerra, se hará pacifista... Una gran lección esa guerra, brother, una gran lección –agregó, meditabundo–. Tal vez hasta yo deje la pepa... Antes tenía mis miedos, mis cobardías, pero ahora no me amilano por nada.

–Amilano, soldado, amilano.

Rieron como antes, como en el cuartel, como en el hueco de la trinchera cuando arreciaba el miedo y se mofaban de los zancudos para temprar los nervios.